

BEATO DEL OPUS DEI | En el centenario de su nacimiento:

Josemaría Escrivá como escritor

ESPECIAL

Josemaría Escrivá fue dueño de un estilo inconfundible, al mismo tiempo coloquial y preciso, imaginativo y sentencioso, lapidario y emotivo, que dio forma a libros tan difundidos (en docenas de idiomas y millones de ejemplares) como *Caminos*, *Via Crucis* o *El Cristo que pasa*.

Convienes precisar en qué sentido fue el un escritor. Desde luego, no escribió para ser leído en cuanto escritor; su caso es semejante al de otros autores espirituales —como Fray Luis de Granada— o de filósofos —como Henry Bergson— o científicos —como John Eccles— cuya prosa resulta tan admisible como literaria “indirecta”. El don verbal se le dio por afinidad, pero esta afinidad es bien singular: en una prosa que parece esculpir las artes más agudas o los contornos más sutiles de sus conceptos, máximas, comentarios de la Escritura, parábolas e interpretaciones.

Su formación básica fue el Siglo de Oro español, de punta a cabo, de Garcilaso a Calderón, en todos sus géneros —poesía, novela, teatro, ensayo— y en todas sus cuerdas —pietosa, mística, satánica, sapiencial, de lo más profano a lo más sacro. Pero es con Santa Teresa que se evidencia el parentesco más sensible. Porque, así como ella escribió una prosa coloquial y fulgurante muy lejos de toda pretensión de “escritura”, y sin saber siquiera que lo fue —por pura obediencia, en pésimas condiciones, a toda carrera, en la más completa “inocencia” creadora, así Josemaría Escrivá llevó tantas páginas de gran belleza en periclas

J. Escrivá de Balaguer fue un maestro espiritual que —siguiendo la tradición del Siglo de Oro— se expresó como un notable escritor. En estas líneas se esboza un análisis literario de su multifacética obra.



JOSEMARÍA ESCRIVÁ.—El vicario autorizó la canonización del beato.

Sin haber escrito nunca poesía ni cuento ni novela, Josemaría Escrivá se revela como un notable escritor y predicador, que subordinó todo el poder de su palabra poética y narrativa y dramática a un fin superior de orden apostólico: la conversión continua del lector.

condiciones de penuria material, en medio de sus innumerales trabajos apostólicos, y muy lejos de los motivos “literarios” por los que un escritor suele escribir. Pero lo cierto es que esta escritura “inocente” posee en grado muy puro el genio del idioma, incluyendo la propiedad más ancestral y castiza del castellano: la subterránea sentenciosa.

El género del aforismo
Caminos, *Santos* y *Forja* pertenecen al género aforístico. Casi todos los

grandes ciclos literarios han poseído un género de este tipo: el libro breve y sentencioso, portador de un pensamiento de sabiduría íntima, en un contexto de otros pensamientos afines, pero misceláneos, no sistemáticos. Sus antecedentes son, en la tradición cristiana, *Gracián*, *Pascal* y *Kierkegaard*. Como el epigrama en poesía, como el cuento breve en narrativa, el aforismo enfrenta el mismo reto esencial: o da redondeamiento en el blanco, o cae en la obviedad.

Los aforismos de Josemaría Escrivá —tanto de ellos como los miles que escribió— acortan masivamente la conciencia, dejan pensados, interpretan, instigan la oración (que es su objetivo inmediato). Y lo consiguen porque poseen, como esculturas, una alta concentración de significado, una real impresión de vida vivida y un estilo lapidario.

He aquí, por ejemplo, algunos especialmente breves de *Caminos*:

“Acostúmbrate a decir que no”. (3)
“Que... ¿tú no eres señor de ti mismo, aunque seas poderoso, me causa pena y risa tu señorío”. (295) “No olviden que el Dolor en la piedra de toque del Amor”. (439) “¿Tú... ¿sueñas? ¿De qué? ¡Boca!”
Los tres libros citados están llenos de estos latiguos verbales. Sobresalen también —con una extensión algo mayor— esas imágenes sensoriales —plásticas, gráficas, palpables— que revelan verdades espirituales, y por eso mismo responden a una rica intuición poética. “Tremos dita, que proviene de un suceso histórico americano: aquellos ergáneos traques entre congoñadores e indios del nuevo mundo: oro auténtico por vidrios de color, joyas preciosas por bisuterías escandinavas. El autor ve este penoso comercio repetirse en toda tentación del alma del pecador, por parte de esas tres realidades que configuran, en la socrática cristiana, “los tres enemigos

del alma”: “El mundo, el demonio y la carne son unos asustadores que, aprovechándose de la debilidad del súbdito que llevas dentro, quieren que, a cambio del polvo espeso de un placer —que nada vale—, les entregues el oro fino y las perlas y los brillantes y rubies empapados en la sangre viva y redentora de tu Dios, que son el precio y el tesoro de tu eternidad”. (708)
Es muy difícil encontrar una metáfora que ilumine la verdad del pecado como está, tan hermosa y teológicamente como ésta, con tanta precisión a la vez parabólica y ascética.

El talento narrativo

Si aquellos tres libros poseen un estilo que cabría llamar positivo-ensayístico, en cambio *Santos* y *Via Crucis* presentan un valor de tipo poético-narrativo; poético por la misma cualidad de sentido concentrado al máximo, y narrativo porque lo son de suyo los acontecimientos que constituyen la trama preestablecida de esas dos devociones tradicionales: los quince misterios del Rosario y las catorce estaciones del *Via Crucis*.

Se notará que el pie forzado de la concisión verbal —aquí los misterios y las estaciones— ha llegado a saber de tal modo la libertad un tanto anárquica del escritor moderno, que este tipo de literatura (podríamos llamarla “por encargo”) ha desaparecido casi de nuestras letras. Josemaría Escrivá, que al escribir no pretende hacerse un héroe de la letra ni interponer su personal subjetividad entre los Evangelios y el lector, sino hacer por el contrario de narrador-interpreté y de humilde intermediario que desaparece tras la objetividad de las encenas evangélicas, no siente en esta función incomodidad alguna: más bien se inspira y se crea en lo divino-humano del pie forzado.

El hallazgo formal más típico de *Santos* es la voz hablada, la perspectiva, el punto de vista narrativo: el del autor-viño-espectador, que se dirige en primera persona a una tercera, el lector-otro. Este punto de vista da forma al contenido de contemplación —sueño y desdramatamiento de niño—, a su temple afectivo —temeroso y audaz de los niños que se mueven en el interior del episodio evangélico—, y a la conclusión práctica, ascético-espiritual, con que se cierra cada meditación.

Así es el punto de partida, ante la Anunciación a María y la Encarnación del Hijo de Dios: “No olvides, amigo mío, que somos niños. La Señora del dulce nombre, María, está recogida en oración. Tu eres, en aquella casa, lo que quedas allí: un

amigo, un criado, un curioso, un vecino... Yo ahora no me atrevo a ser nada. Me escondo detrás de ti y participo, contemplo la encena. Te Anuncié el día de tu embajada...”

Concluyen esta excelente serie en acción del misterio algunos toques contemporáneos: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). Al encuentro de estas palabras viginales el Verbo se hizo carne. Va a terminarse la primera decena... Aún tengo tiempo de decir a mi Dios, antes que mortal alguno: Jesús, te amo”. El acierto de la frase confiesa a la cita está en que sugiere casi una relación causal entre el sí de María y la Encarnación, como si fuera el propio encuentro de su respuesta el que trajo del cielo a sus entretidos al Hijo de Dios. Y el acierto de la última frase es esa ocurrencia a la vez infantil, impulsiva, amorosa, de adelantarse al resto de la humanidad, de avanzar y ser el primero —antes que mortal alguno— en adorar al Dios recién Encarnado.

El recurso literario y espiritual más constitutivo de la trama preestablecida de Josemaría Escrivá —recogida después en libros como *El Cristo que pasa* y *Amigos de Dios*— es el uso de la parábola, en su doble acepción, retórica y evangélica: un breve relato singular que ilumina una verdad general, en este caso de orden espiritual. Siguiendo los pasos de la predicación de Cristo, sus sermones y homilias abundan en esta figura, que cumple las veces atribuidas por don Ramón Gómez de la Serna a sus greguerías: ser “el ocupante de las ideas”.

En suma, y sin haber escrito nunca poesía ni cuento ni novela, Josemaría Escrivá se revela como un notable escritor y predicador, que subordinó todo el poder de su palabra poética y narrativa y dramática a un fin superior de orden apostólico: la conversión continua del lector. Los dones verbales que hicieron posible tal fin pueden sintetizarse así: una verdadera pasión por la palabra exacta; la recordación del decir castellano cotidiano; cualificada por el talento de hablar como escritor y de escribir como hablante, a la vez con sencillez coloquial y con precisión conceptual; la creación de la imagen sensible, la metáfora y la parábola, para encarnar los más altos significados teológicos; la emoción contenida y temerosa del arranque bíblico; la propensión de seguir los declives exponenciales del lenguaje, sin complicar nunca el hilo central de la idea o el sentimiento... En buenas cuentas, una prosa directa y fuerte, sobria y amable, tan hermosa como sincera. Sincera en el sentido más alto: porque, si escribió como habló, y habló como escribió, también y sobre todo escribió y habló como quien fue: un hombre santo.

Josemaría Escrivá como escritor [artículo]

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Josemaría Escrivá como escritor [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile